EL GUARDIAN

Por
Ricardo VALENZUELA

La mujer descendía por Cajilla con un viento endemoniado. Llovía unos dos tercios más de lo que puede ser una lluvia decente en el mes de junio.

El agua, de color chocolate, se precipitaba a borbotones por el centro de la calzada, como un riachuelo joven que se dispara cerro abajo de vacaciones.

El rumor de las piedras que arrastraba en su carrera y el de las latas sueltas en los tejados, llenaba el espacio con la sinfonía particular de Valparaíso, cuando llueve y lo azota el viento.

Todas las canaletas rotas contribuían al enriquecimiento del travieso caudal. El noroeste empujaba rudamente las antiguas ventanas de guillotina, herméticas, por lo arrebatado del tiempo y lo temprano de la hora.

La lluvia oblicua azotaba en los vidrios y chorreaba como un deshielo por las fachadas de calaminas, pintadas de amarillo, azul o verde, que son los colores preferidos para las fachadas, en los barrios destartalados de Valparaíso.

Todos los elementos parecían confabularse contra la mujer, que vacilaba ante cada obstáculo y se afanaba en buscar el mejor camino, sorteando entre el pavimento carcomido.

En mitad de la cuadra pasó de una acera a otra, por un tablón colocado a manera de puente, reforzado en los extremos con algunas piedras.

Necesitó arremangarse las faldas, lo que hizo más visibles sus pies envueltos en unos grandes zapatones rotos. Arqueó el tablón con su peso y el torrente abrazó sus pantorrillas en una caricia helada.

Por poco la derriba.

Pero ella se defendió alzando por un lado el canasto vacío, mientras del otro bajaba el paraguas, de modo que consiguió un perfecto equilibrio.

A la entrada del puente, el perro de cortas dimensiones, con la mirada viva y las orejas levantadas, observaba atentamente a la mujer y aguardaba, con prudencia, el resultado de la aventura.

Una vez que ella ganó la orilla opuesta, haciendo aspavientos para sacudirse el agua del vestido, el perro también atravesó el tablón que, libre del peso anterior, había recobrado la línea normal, y llegó al otro lado sin novedad.

—¡Aquí, Motemey...!— le gritó satisfecha.

El animal se acercó moviendo afectuosamente la cola.

Como obedeciendo a una orden ya conocida, se situó del lado en que ella portaba el canasto, forrado por dentro con un cartón. Lograba así protegerse en parte de la lluvia. Aunque tal vez, si dependiera sólo de él, marcharía sin esa precaución, dejándose mojar el lomo y cruzando sin vacilar cuantos torrentes hallara a su paso, con o sin tablón.

Siguieron caminando hacia abajo, paralelamente al arroyo, el cual, a medida que se hacía más ancho e impetuoso, alborotaba la calle, llevándose algunos tarros, cuyo entrechocar con las piedras del fondo producía un clamor que debe ser el de la angustia de los tarros.

De vez en cuando la mujer se detenía para desaguar su zapato izquierdo. Embarcaba tanta agua como un navío averiado en la amura. Apoyaba una mano en la pared y con la otra agitaba el zapato.

Motemey permanecía mientras tanto a la intemperie, entre el canasto y el paraguas, momentáneamente abandonados, en actitud vigilante.

Quizás, para él, eran éstos los momentos culminantes de la gira. Pero, desgraciadamente, nadie, ni siquiera otros perros, acercábanse a los objetos de su ama. Por lo tanto, no podía demostrar que era un guardián, ni realizar ningún heroísmo.

Se contentaba, pues, con observar cómo salía el agua del zapato de su ama.

Luego ella terminaba la operación. Arrojaba el zapato al suelo, movía nerviosamente el pie y todo el cuerpo, hasta que conseguía calzarlo.

Esta parte de la faena despertaba mucho interés en el animalillo, porque podría ser el comienzo de un juego, o la fuga del zapato en la correntera. Sin embargo, no sucedía nada. La dueña secábase la mano que había apoyado en la muralla de latas, restregándola en el muslo, recuperaba los artefactos, continuaba la marcha. Y Motemey, desilusionado, volvía a ocupar su sitio, al amparo del canasto.

Estoy casi cierto que no era un perro feliz.

A ningún perro le gusta ir por las calles bajo la protección

de un canasto; el nuestro y todos los canes del mundo, aman la lluvia, la extensión y la libertad.

Pero aceptan resignados su suerte.

Parece indudable que a Motemey le hubiera gustado pertenecer a un muchacho, y no a esa mujer viuda y chillona con la cual iba al mercado, a la botica, y, de vez en cuando, a una tienda. La veía coser, lavar y preparar la comida. Ella poseía además del paraguas y del canasto, un brasero que resultaba agradable en invierno, una cama, en la que dormían juntos, la artesa, unos baldes.

Cuando aparecía otra persona en la habitación, él se creía en el deber de ladrar.

Pero esto no duraba.

—¡Aquí, Motemey!

Así era su vida.

Algunas veces se enrolaba con los niños de la vecindad en expediciones sencillas, o jugaba con los otros perros en patios cercanos. En ambos casos, no tardaba en ser substraído al placer que esto le ocasionaba.

—¡Aquí, Motemey!

Seguramente aquella mujer solitaria pretendía ser dueña de un perro educado, de amigos selectos, de pocos ladridos, que al comer no se metiera dentro del plato, ni que echara a andar por ahí. Olvidaba que en la intimidad de los perros, estos asuntos son poco importantes.

Llegaron a la esquina de San Martín. La lluvia había arriado de tal modo que aquello era un mar. El caudal de la calle había crecido inmensamente. Ya no era un riachuelo travieso. Lo habían enriquecido la lluvia y las viejas canaletas, depositando en él toda el agua que a su vez recogían directamente del cielo.

Antes de doblar hacia la Plaza Echaurren, el torrente se precipitaba contra los edificios de enfrente, cuyas entradas se veían protegidas por compuertas de madera y sacos de arena.

Se les presentó otro tablón a guisa de puente.

La mujer se arremangó nuevamente la falda, puso al descubierto sus flacas pantorrillas e inició por segunda vez la aventura.

Gracias a la experiencia anterior, manejaba con destreza canasto y paraguas. Parecía un remedo de aquellas muchachas que danzan en la cuerda en los circos.

El perrillo, como antes, permanecía a la expectativa, con las orejas levantadas, y los ojos fijos en su ama. Por dentro, toda su sangre debía brotar de impaciencia.

Sólo aguardaba que ella le gritara desde el otro lado.

De un salto alcanzaría a la mitad del tablón. En seguida se acercaría humildemente a su dueña, moviendo con alegría la cola y tomaría su habitual colocación debajo del canasto, como también sucedía cuando hacía demasiado calor.

De ahí, reanudarían la marcha al mercado.

Menos mal que esto era nuevo y entretenido. Raras veces salían con temporal.

De pronto: ¡¡¡ay!!!

La mujer perdió el equilibrio y cayó hundiendo medio cuerpo en las aguas turbias.

El canasto tomó en el acto el curso del torrente.

Parecía un objeto animado que marchara, jubiloso, hacia la libertad.

Ella blandía el paraguas, que se había dado vuelta y flameaba trágicamente, como una bandera negra, entre las varillas deterioradas.

Un policía y un hombre con ropas enceradas, se aprestaron para rescatar a la mujer, que ahora manoteaba entre los pliegues de su chal.

Motemey vio llegada su hora, ansiosamente esperada.

Echó atrás las orejas y se arrojó al agua en persecución del canasto.

¡Cómo agitaría la cola al regreso!

Luchó vigorosamente, tratando de mantener el rumbo en la correntada.

No obstante sus breves dimensiones, lograba mantener la cabeza en alto y no perdía de vista al canasto que se alejaba dando volteretas.

De repente, Motemey se dio cuenta que no podía continuar. Algo, desde abajo, le atraía con una energía extraña. La mujer se había puesto de pie, ayudada por los dos hombres y, principiaba a vocear con el agua hasta las rodillas:

—¡Motemey, aquí, Motemey!

Su voz era más imperiosa que nunca.

El perro hizo un esfuerzo para regresar. Otro... ¡Inútil!

Aquello resultaba más fuerte que él.

Un remolino. Una succión. ¡Desapareció!...

La mujer dio un grito de espanto.

—Ahora va a tenerlo que ir a buscar al mar, señora— comentó el policía, extrayéndose el agua de las botas.

Y dirigiéndose al otro hombre:

—Oiga, ayúdeme. Está abierta la boca del cauce. Vamos a poner una señal.